

## Reseña

### Caín

José Saramago

Editorial Alfaguara (2010)

200 páginas

Alejandro Aurelio Rivera Álvarez<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Universidad de Guadalajara. México

La interpretación de los textos es, sin duda, una empresa difícil; no obstante, el recrear el significado del mismo, con base en lo que ya fue leído y añadiendo, además, variaciones del nuevo creador a lo ya escrito, es una verdadera proeza. José Saramago (1922-2010), Premio Nobel de Literatura 1998, hace de *Caín* una controversial y solemne re-escrituración de una parte importante de las Sagradas Escrituras. Relaciona la vida de su anti-héroe, Caín, utilizando acontecimientos narrados en el Antiguo Testamento. Sin embargo, otra historia es la contada en la novela, una en la que, a diferencia del canon, en la generalidad usual de comprensión de la Biblia, Caín es un pensador que discurre en torno al azote del actuar divino sobre la humanidad. Los designios del Señor no son, entonces, tan inescrutables. Ya no se trata sólo del asesino del eterno errar, del hombre marcado indeleblemente por su pecar, por haber matado a su hermano Abel, sino de un hombre que pareciera, por el contenido de la historia, ser más pío que El Señor mismo. El texto es una crítica: una lápida dada al convencionalismo judeo-cristiano y a todo el que acostumbra pensar que Dios es innegablemente bueno; son las creencias del autor sobre Dios y Caín grabadas en piedra:

*QUÉ DIABLO DE DIOS ES ÉSTE QUE, PARA ENALTECER A ABEL, DESPRECIA A CAÍN* (Saramago, 2010, Contraportada).

Frase tan radical, que embruja al lector a adentrarse entre el laberinto de las páginas y el libro; verdad aparecida en la contraportada; es el riesgo de encontrar algo mágico, y quizás hostil, eso que mantiene el hechizo cuyo imperativo implica leer, leer la vida de Caín. Saramago busca satirizar la historia y mostrar entre figuras e imaginaciones su propio pensamiento. La particularidad en el cómo ello es hecho es una de las sutilezas del libro. Es la escritura de Saramago la que da una rápida lectura y, también, una propuesta distinta para el entendimiento y la comprensión del texto. Es la inutilización de los signos de puntuación, y de muchas otras reglas en cuanto al acomodo de los mismos en la obra, la que obliga a quien la lee, más allá de lo que se dice, a concentrarse en leer. Además de su deleitante valor estético. Es un seguimiento ineludible; la utilización de mayúsculas está allí para indicar el cambio de situación o de interlocutores, y el constante aludir al Señor o a Dios, y escribir su palabra, la primera letra con minúscula, reitera que a él, aquél no le importa. La historia presenta un prelude, porque la verdadera no empieza sino hasta la aparición de Caín, en el cual Adán y Eva son partícipes. Se habla sobre su vida en el jardín y cómo se dio su expulsión tras comer de un fruto que les enseñaría sobre el bien y el mal. Algo que les daría conocimiento divino.

Adán y Eva no son estúpidos, al percatarse de la existencia de la otredad humana se cuestionan respecto a su propio existir. Con ello hay una realidad modificada en términos existenciales y personales. Están ellos allí y no están solos; hasta pareciera que se trata de un experimento. De otro. El texto cuenta lo suyo y por fin, Abel es muerto por Caín, la esencia del escrito está por demostrarse durante su trama, pues, al haber logrado tal acto, Caín se permite, culpar a Dios por no haberle detenido al asesinar a su hermano. El señor, muy a pesar suyo, lo reconoce; y no fueron sus inescrutables designios los que le impidieron actuar con justicia sobre Caín, sino fue la humanidad que aún le quedaba, si se pudiese decir así, la que le permitió reconocer su falta, su mal obrar, su falsa omnipotencia.

*Diremos que es un acuerdo de responsabilidad por la muerte de Abel, compartida, Reconoces entonces tu parte de culpa, La reconozco, pero no se lo digas a nadie, será un secreto entre Dios y Caín* (Saramago, 2010, pág. 41).

En la historia Caín ya tiene un atisbo de la naturaleza del Señor, y en ese momento, encolerizado por lo que pasó previo a la muerte de Abel, al rechazo de Dios sobre Caín, aunado a la insidiosa hipocresía suya, jura y manifiesta su odiar hacia todo lo que él representa. Lo que éste hace, por el contrario, es marcarle de por vida con un símbolo que representará la infelicidad; un recuerdo imperecedero en cuya ambivalencia habrá odio y culpa. La marca a partir de la cual el errar se convierte en su verdad; todo cuanto en él vea, no será más que añadidura al sufrimiento. El errar es

para el Caín de Saramago una oportunidad de redención, de conocerse a sí mismo. Pero la vida para él ha de continuar, pues, sólo uno tiene el derecho y la venia de disponer de ella. A Caín nadie puede matarle, mas la muerte le llegaría en caso de dejar que su vida desvaneciese. Él llega a las tierras de Nod, allí da inicio la metáfora de su adolescencia. Conoce a la mujer de su vida, Lilith, de quien será amante y amigo; empero primero la engaña sobre su condición, termina por contarle la verdad sobre su pasado. Es el amor, entre humanos, un tema recurrente a la oposición en el adorar eternamente a Dios. Si hubiese algún fiel traidor habría de ser el amante, Lilith es eso y más para el personaje principal de la obra; es casi el arquetipo del amor en su rebeldía.

*No tienes miedo de mí, no te repugno, preguntó caín, Eres el hombre que he elegido...* “*Ves en mí a un criminal al que nunca se podrá perdonar, preguntó caín, No, respondió ella, veo en ti a un hombre al que el señor ofendió.* (Saramago, 2010, pág. 74)

Ella apoya con sus pensamientos y convicciones a Caín. Ya no está solo; es precisamente por esto que el Señor habrá de privarle de esa alegría por momentos; son esos, precisamente, los momentos y los cambios cronológicos en la trama otro proceso sorprendente de la literatura excelentemente ejecutado en este texto: Elipsis. El cambio de tiempos, de futuros, presentes y pasados que conllevan la estructura perceptual del lector sobre eso que es leído; al final son todos presentes en los que Caín y el lector viven, como si se tratase de una máquina del tiempo, no está de manera gratuita explicitado en la obra. Declara que hay algo más grande y poderoso que Dios; Caín ya no le pertenece a él, su destino le pertenece a esa entidad superior, que también es amiga de la libertad, dentro de la cual la pseudo-omnipotencia divina es nula. Se podría decir que el cambio de presentes en la historia, es la versión implícita dada por Saramago para proclamar la victoria de Caín. De su persona en el tiempo.

En uno de esos cambios de presente fue que él se encontró con Abraham. Allí, aprovecha con simpleza Saramago para narrar, lacónicamente, en su prosa y estilo, lo que piensa sobre los actos de fe; de Dios mismo. Son esos pedazos, o lágrimas de tiempo, para Caín los que le llevan a concretar su destino; en los que Saramago quiere jugar a ser Caín. Sea Dios o no el amo del destino y, por ende, del tiempo; al sublevarse, hay una revolución contra el tiempo. Así, se procura la verdadera libertad.

*El señor le ordenó a Abraham que le sacrificase al propio hijo... Lo lógico, lo natural, lo simplemente humano hubiera sido que Abraham mandara al señor a la mierda, pero no fue así.* (Saramago, 2010, pág. 88)

Saramago demuestra ser un escritor lógico. El autor desdeña todos los actos de masacre e iniquidad sobre la humanidad en su obra. Dios es planteado como un caprichoso que mata inocentes y promete falsedades para seguir siendo encomiado como lo que espera que sea. No le interesa su creación, o al menos, no aquella que no está a sus pies. Dios mata. Dios no perdona. Caín y Abraham lo saben.

*Pienso que había inocentes en sodoma y en las otras ciudades que fueron quemadas, Si los hubiera, el señor habría salvado la promesa que me hizo de salvarles la vida, Los niños, Los niños eran inocentes.* (Saramago, 2010, pág. 108)

Saramago espera que El Señor se dé cuenta de sus propios errores y quiere que sufra. Que sufra y yazca en el abismo de la vergüenza donde oculte su rostro, donde no pueda pedir ni obtener perdón. Sólo por lo ocurrido a los niños, que eran, son y serán inocentes, pensaría el autor. Esa es la pena que impide que Dios se muestre ante los humanos; es la razón por la cual dejó de hacerlo hace ya mucho tiempo. Cuando las cosas de la vida aún importaban.

*Ahora el señor se esconde en columnas de humo, como si no quisiese que lo vieran.*  
(Saramago, 2010, pág. 119)

Caín camina, sin afán de continuar, con los pies y los ojos desnudos por todas las hazañas realizadas en el nombre de Dios, por el pueblo de Israel, por la fe. Sólo hay muerte y derramamiento de sangre de muchos que fueron inocentes. Allí no hay piedad. No hay justicia. Eso es lo que desea demostrar Saramago. Dios se equivoca y actúa mal a favor de sí, lo más probable es que sea, o haya sido, malo también. Caín, por el contrario, se da cuenta, porque los azorados son como él, sufren lo que él sufre, mas no ven lo que él ve. Pero son humanos. Y no preocuparse por la desgracia incesante ante los semejantes, no hacer nada es casi tan atroz.

*Me voy, dijo [Caín], ya no soporto ver tantos muertos a mi alrededor, tanto llanto, tantos gritos...* (Saramago, 2010, pág. 128)

El personaje principal va adquiriendo tintes filosóficos conforme el sol quema su piel. Ver tanta tribulación lo inclina a preguntarse también el por qué de ello. Sobre su propio destino; es en ese papel, encontrándose redentor, quiere conocerse más a sí mismo. Entiende algo. Matar no es siempre lo mejor, mas para uno podría serlo. Matar a alguien inocente que es despreciado por no ser perfecto está mal y punto.

*No sé, si fui elegido, pero algo sé, algo sí he aprendido, Qué, Que nuestro dios, el creador del cielo y de la tierra, está rematadamente loco.* (Saramago, 2010, pág. 142)

Pero al mismo tiempo, Caín entiende algo, que es claro para todos, a pesar de buscar, de estar buscando su propia expiación.

*Alegria, se preguntó a sí mismo, para caín nunca habrá alegría, caín es el que mató a su hermano, caín es el que nació para ver lo inenarrable, caín es el que odia a dios. (Saramago, 2010, pág. 156)*

Con tanto visto es imposible no cambiar, así es impensable que los ojos no lloren. Si es que la filosofía surge de la aflicción y la adversidad, sea cual sea el contexto, hay un manantial filosófico en estos parajes. En la infinita tierra de Nod, que significa tierra de errar, allá donde el pensamiento divaga triste. Por eso Caín puede pensar. Porque fue el primero en odiarlo, porque es libre. Esa es la propuesta del autor, que aunque tajante, permite ilustrar los dibujos de la trama en su novela. Caín es libre porque odia a Dios.

*... dónde ha nacido la peregrina idea de que dios, simplemente porque es dios, debe gobernar la vida íntima de sus creyentes, estableciendo reglas, prohibiciones, interdictos y otras patrañas del mismo calibre, preguntó caín. (Saramago, 2010, pág. 174)*

Caín, el caminante en el tiempo quiere descubrir el futuro. Acabar con la justicia divina. Y lo puede hacer, porque es libre. Siempre tendrá ese odio, que por más que resulte repetitivo, ha de repetirse hasta el hartazgo, incluso del lector. Pero todo es justificado, pues, al concluir con la interesantísima lectura del texto de José Saramago, uno termina preguntándose quién ganó. Mas algo es bien cierto, que si la lectura fue bien leída, porque para eso fue hecha, no bastará mucho pensar en el final, porque una de sus frases empapará el pensamiento de un ruido que retumba diciendo la misma cosa, una y otra vez, invitando a leer a Caín y a soñar con que:

*La historia ha acabado. No habrá nada más qué contar (Saramago, 2010, pág. 189).* 